

Confianza básica

Inés Kudó

Cuando recién ingresé al colegio, en quinto grado, Juan me “animó” a ser delegada de mi salón, opción que jamás habría contemplado por cuenta propia y que abrió paso a una cadena de “delegaturas” que aún no termina. Recuerdo que mi primera actividad como delegada fue asistir a una reunión con profesores y delegados de todos los salones para revisar el reglamento del colegio. Recuerdo mi sorpresa al sentir que los profesores nos escuchaban y luego argumentaban –muy pedagógicamente– de igual a igual, para llegar a un consenso. Y digo “pedagógicamente” porque hasta hoy no he tenido una mejor lección de democracia que la de haber sido escuchada y tratada como igual a los 10 años por quienes se supone dictan las reglas y saben más. Los cambios que sugeríamos no eran trascendentales: dejar que los hombres usen el pelo largo (“ya, pero amarrado”, insistieron los profesores) o dejar que las mujeres puedan venir en buzo aún cuando no les toca educación física para poder jugar más cómodamente. Lo importante no fueron los cambios en sí, sino la experiencia de poder generarlos y de hacerlo en un ambiente de igualdad.

Más adelante fui asumiendo otros cargos, cada vez más “grandes”. Mis primeros dos años en el Consejo Estudiantil fui elegida individualmente, todos lo fuimos. El Consejo era una suma de candidatos: rivales durante la campaña, desarticulados durante la gestión. Para el tercer año, junto con otros con quienes queríamos formar equipo, propusimos un cambio en el reglamento para que la elección sea por listas, y el cambio también se dio.

Pero es curioso para mí que lo que recuerde hoy no sean las cosas que hicimos una vez en el cargo –boletines, revistas, encuentros juveniles, pascuas juveniles, festivales y amistades– sino las anécdotas que me enseñaron que no basta con entrar en el juego democrático, hay que entender las reglas, cuestionarlas y mejorarlas, y que así es posible también mejorar las instituciones.

Mi experiencia en el colegio creó los cimientos para mis relaciones con otras instituciones, con mi país y sus organizaciones, y a pesar de ser un panorama más difícil, frustrante, agotador y a veces desolador, esos cimientos son suficientemente sólidos para que mi confianza siga en pie, confianza en que es posible generar cambios que nos lleven a ser un país mejor.